

Poco habré de añadir a lo transcrito. La representación en nada modifica mi impresión primera, y, desde luego, confirma de todo punto las virtudes teatrales de "La Corona". Sus largas escenas no lo son para el que atiende al significado de las palabras, plenas de sentido, jamás ociosas. La prueba ante el público de la primera noche ha sido satisfactoria en sumo grado. Se ha oído al autor. La sala se ha dejado ganar por el interés. Se ha comprendido que este teatro sin concesiones a la facilidad puede imponerse por altura y nobleza.

Visto hoy, a la luz de los acontecimientos que dan al drama, por ser de quien es, un viso de actualidad española que cuando se publicó en volumen apenas podía sospecharse, aparece lleno de pensamiento y agita motivos que adquieren todo su relieve merced a las circunstancias. No es un drama político, ciertamente, sino obra poética, en la cual, como en toda obra poética bien lograda, puede hallarse, de acuerdo con el tema, también política."

Δ. 2i/1510

Azaña y su Verdad

Por Carlos ESPLA

En mayo del 39, don Manuel Azaña vive en un pueblecito de las estribaciones de los Alpes: Collonges-sous-Salève. "Este pueblecito no es desagradable —escribe a un amigo—. Pero, no obstante las ventajas de la vida aldeana, esto es demasiado destierro. Muy lejos de París, esa ciudad, como dice el romance. Un clima durísimo. Además, lugar fronterizo y zona de guerra. La vecindad de Ginebra no es bastante atractivo. . ."

Allí recibe de "emigrados desvalidos —son sus propias palabras—, casi todos desconocidos para mí, cartas conmovedoras, respirando entusiasmo en plena adversidad, con protestas de lealtad y de adhesión. Los más humildes son los mejores".

Allí vuela su pensamiento hacia España, donde "sin haberse retirado aún la ola de sangre, ya se abate sobre nuestro pueblo la ola de estupidez en que se traduce el pensamiento de sus salvadores". Ante el dramático desastre ("para encubrirlo, unos pedantes esquizofrénicos se encaraman sobre las ruinas y vomitan palabras sin sentido. Quieren hacer un imperio vertical y azul."), don Manuel sentencia: "Todo lo ocurrido en España es una insurrección contra la inteligencia".

En su destierro aldeano, "dueño al cabo de mis actos y único administrador de mis ideas" —escribe también el desterrado—, Azaña contempla las páginas recientes de la Historia que él ha vivido y ha hecho vivir. No es la historia

de una ambición, sino la historia de un tremendo mandato del deber. "¡Yo ambicioso! —había dicho una tarde, en el apasionado "debate de los enojos"—. Pero si yo hubiese sido ambicioso ¿me hubiese pasado bastantes años en una biblioteca escribiendo libros que no le importan a nadie, ni a mí mismo que los escribía?" Esos libros de sus lecturas y de sus trabajos son también historia. La historia de su pensamiento, no su pensamiento mismo, que no es libresco. Quiere decir que las ideas en él han pasado por el contraste de la vida. En pocos hombres ese encuentro de la vida y de las ideas ha sido tan doloroso. El tiene la *drástica* experiencia. Toda una vida se derrumba para renacer otra. Fué, según nos ha contado, la tragedia de su generación. En ningún otro hombre la formación moral e intelectual ha sido elaborada con mayor desinterés, como un puro goce del espíritu, hasta donde puede convertirse en goce el drama. La política en él no fué una carrera. No cursó las asignaturas del gobierno; esto es, no se preparó para gobernar. Por ello, estaba preparado. Es la equivalencia de su "yo no improviso nunca". Pero tampoco se prepara. Estaba ya preparado, sin saberlo nadie, sin querer saberlo él mismo.

Cuando Azaña estudiaba la política militar de Francia, nadie pudo pensar: "Ese joven estudioso se prepara para ser ministro de la Guerra". Tampoco él pudo pensarlo. Era, en este problema político, un puro investigador. Pero así se forma el gobernante que entra, un día, sencillamente, en el ministerio de la Guerra.

Tampoco preparaba el joven Azaña, en sus meditaciones melancólicas del "jardín de los frailes", el discurso sobre el artículo 26 de la Constitución. Pero en estas palabras reviven, tras un salto de años, aquellas meditaciones.

En su destierro aldeano, decimos, contempla Azaña páginas de la Historia. Las ve como reflejadas en un espejo limpio, que le devuelve su propia imagen, sin alterar sus rasgos, sin falsear su expresión. La experiencia del espejo es terrible para un personaje unamuneco. Más terrible aún para Azaña, que es todo equilibrio y claridad mental. El es-

pejo no le engaña. Ve su auténtica fisonomía, la piel y también la médula, la imagen fidelísima que él ha conocido. Es algo más que lo real: es la verdad. Pero él es casi el único que puede ver la verdad en aquel espejo, que, ante otras miradas, se curva para desfigurar la imagen. Para quienes ven las figuras en el espejo grotesco de una pobre vida política, como lo fué la española, la realidad ya no es la verdad. En la galería de espejos curvos, la opinión ajena extiende el azogue de los espejismos. En ese caso, el cristal devuelve la imagen con proporciones monstruosas. Mas Azaña sabe cuál es la proporción exacta de la suya. Frente a las páginas de la historia vivida por él hay, pues, dos Azañas: el que él ve en sus actos, en su conducta, en su pensamiento; y el que forman los curvos espejos de la galería pública. No es sólo el fenómeno dramático de saberse uno distinto a como otros creen verlo, sino el de saber que lo que los otros ven es distinto a la verdad.

No se trata únicamente de que los partidarios agranden su figura y los enemigos la achiquen. Eso sería lo normal, y pocos políticos escapan a esa metamorfosis, a esa prueba de elasticidad. En el caso de Azaña, ocurre que algunos devotos agigantan en él virtudes que no lo son, que él no reconoce como tales, que constituyen, en muchos casos, una injuria para él. Y, por el contrario, los enemigos agigantan defectos, vicios y maldades que él no posee. No es todo un proceso de deformación producida por la pasión política, partidaria o adversa. Es, más bien, un reflejo de estupor, de asombro ante la resistencia azañista a lo mágico, a lo mítico, a lo fabuloso. Azaña, en la política, representa lo natural. El choque de Azaña con la opinión pública corresponde al sentido irreal de la política española.

Acaso la mejor obra a realizar en nuestros días sea la de restaurar la figura de Azaña en sus verdaderas dimensiones, en su imagen real, en sus líneas exactas. Se dijo que Azaña fué la "revelación de la República". Ante esta "revelación", se encogen de miedo los enemigos y se ensanchan de esperanza los adictos. Para aquéllos es el "ogro";

para éstos, el "cirujano de hierro" que España esperaba. Pocos se deciden a ver en él, únicamente, el hombre de responsabilidad que quiere dar al gobierno una nota de sencillez, de inteligencia, de claridad. La leyenda empieza ante la naturalidad de su conducta y de su obra. Un hombre que sigue el ardiente impulso de su alma creadora, pero no ofrece el espectáculo del entusiasmo exterior, es un hombre tremendamente frío, piensan unos y otros. Azaña recuerda una frase del Dr. Simarro: "El honor no sirve para resolver ecuaciones de segundo grado". Y piensa que, por iguales motivos, el entusiasmo sirve de poco en política. El miedo, llevado al frenesí, hace creer a los enemigos que aquel monstruo de frialdad los aplastará. Y la devoción convertida en entusiasmo, hace creer en el destino mesiánico de aquel hombre. En momentos de inquietud, los entusiastas piensan que Azaña va a implantar su dictadura de hombre fuerte de la República. Suponer que Azaña es capaz de secuestrar un día la libertad de su patria, es hacerle igual injuria que creerle en trance de levantarse con los caudales públicos. Pero muchos no aceptan la idea de que Azaña no lo puede todo. Son, precisamente, los que confiesan su propia impotencia para defender su libertad. En otro momento, los miedosos encarcelan al monstruo. Lo tienen seguro. Ya no se les escapará. Va a morir el dragón. Y cuando se les escapa de las manos, aumenta el miedo.

La insurrección contra la inteligencia no se inicia, precisamente, el 18 de julio. Tiene antecedentes. Durante el primer bienio de la República Azaña se agota en la tremenda tarea de poner en claro las ideas claras. Con el Parlamento abierto, respondiendo de todos sus actos, sometándose siempre al voto de la mayoría, las oposiciones le llaman "dictador". Azaña emprende la titánica obra de hacer comprender a todos lo que es el Parlamento, lo que es el régimen de partidos y de mayoría. Lo que es la libertad. Ante las más audaces agresiones, no se descompone, ni altera su voz, ni ensucia su palabra. No sale de sus labios un agravio ni un reproche. Nada que no sea respetuoso con el adversario. Na-

da tampoco que sea campechanería ni compadrazgo. A igual distancia de la iracundia y de la hipócrita palmadita en la espalda. Gravedad del hombre dolido ante la injusticia. Pues bien, ese Azaña es el auténtico monstruo. Contra él hay que cerrar hasta aplastarlo. En su gravedad castellana no suena el cascabel de la simpatía fácil. Un día, sabremos que es la "serpiente".

Y así, la tolerancia que lleva al problema religioso, se convierte en persecución religiosa. No niega Azaña que haya millones de creyentes en España; pero comprueba que el esfuerzo creador de la mente española, el rumbo que sigue su cultura ya no es católico. "España ha dejado de ser católica", afirma, como conclusión histórica. Y esta sentencia se transforma en un "Azaña pretende que España deje de ser católica". La obra de un pueblo que se ha divorciado del pensamiento religioso, aunque conserve el culto, se convierte en la destrucción realizada por un hombre solo.

Del mismo modo, Azaña "tritura" el Ejército, cuando ningún otro hombre hizo tanto para salvarlo. Toda la obra del gobernante, al pasar por la galería de espejos de la opinión pública, se transforma horrendamente. Y así llegamos al caso, realmente único en la Historia, que el gobernante que ha puesto más pulcritud en la administración —otros le igualan; nadie le supera— es llevado a la barra por "malversación". Son los hombres del "straperlo" y del "expediente Tayá" quienes lo acusan. ¿Se concibe burla más dramática de la galería de espejos?

Un día, un secretario lleva un sobre al presidente del Consejo, sentado en el banco azul. ¿Qué contiene aquel sobre? Ya puede decirse. Nada que tenga mucha relación directa con el debate que se desarrolla. Pero ¿se puede concebir que el monstruo posea un sobre que no contenga algo explosivo? Azaña capta en seguida toda la fuerza teatral de la situación. Para otros es la amenaza de un drama. Para él, un simple entremés. En la fábula del sobre se encierra la mayor lección de cómo puede quedar desfigurado, en la galería de espejos, un hecho insignificante. Y un hombre.

Y durante la guerra ¡qué drama tremendo el del hombre que se sabe desconocido, ignorado, desfigurado por cuanto le rodea! Caen las ruinas en torno del hombre que quiso construir; descubren su propio ser los enmascarados. Todo le impulsa a libertarse. Y todo le fuerza a su prisión. En el centro del drama, se afina su sensibilidad. Y ha de ser, allí mismo, como una roca.

Cuando Azaña, en su destierro de Collonges, recuerda estas páginas de la Historia, que él ha vivido o ha hecho vivir, escribe para él mismo, para él solo, estas palabras: "Las rectificaciones de errores de hecho o de juicio, tienen interés para la historia, solamente. Y no corre prisa hacerlas. Dejemos que los cántaros se estrellen contra los cántaros".

Cántaros de cristal, llenos de azogue, extendidos, como espejos grotescos, en la galería de la opinión ajena. Ya es hora de ayudar a que se estrellen. Ya reclama la Historia conocer a Azaña tal como fué. Tal como es. Porque del hombre queda la verdad. Y solamente la verdad es.

No tienen estas pobres líneas tan alta ambición. Esa verdad no cabe en tan pocas cuartillas. Acaso sólo aspiren a señalar a todos, nuestro deber de ayudar a que "los cántaros se estrellen contra los cántaros".

¿Qué decir de Azaña?

Por Luis FERNANDEZ CLERIGO

Escribir algo en relación con la figura de Azaña, es para mí tarea punto menos que inasequible. Ya supondrán cuantos leyeren que no es por falta de afecto ni de entusiasmo, ni tampoco por carencia de datos, de aspectos que glosar o anécdotas que referir.

Lo que ocurre es que hablar de Azaña me resulta tan embarazoso y difícil, como hacer la crítica de la Iliada o escenificar el Quijote. Son cosas que considero desproporcionadas y amenguan mi ánimo.

Siempre tuve por Dn. Manuel, admiración tan singular que al departir con él sobre cualquier materia o al abordar cualquier problema, me sentía minusculizado y me parecía que sus palabras venían desde muy alto, desde una región donde la infalibilidad se mantiene ingrávida.

En algunas ocasiones mi juicio pretendía independizarse y hasta en un alarde de energía, oponerse al suyo, pero mi admiración —no puramente sentimental, sino fundada en la convicción absoluta de la superioridad del interlocutor— se imponía severa y terminaba por decirme a mí mismo, al cabo de mis reflexiones, seguramente el equivocado soy yo.

Cuando algunas veces, muy pocas en verdad, las realidades han estado más acordes con mi juicio que con el suyo, yo he llegado a creer que nos habíamos equivocado la realidad y yo. Y no penseis que me ha sucedido esto, porque yo tenga espíritu apocado, debilidad de carácter, ni eso que